

Giovanni Traettino

EL REINO DE LOS CIELOS EN LA TIERRA

La responsabilidad de la Iglesia en la transformación social de las naciones
La responsabilidad de la Iglesia en la transformación moral de las naciones

Bienvenidos

*«Padre nuestro que estás en los cielos... venga tu reino;
«Hágase tu voluntad tanto en la tierra como en el cielo».*

Mateo 6: 9-13

Giovanni Traettino

Queridos hermanos,

Es una gran alegría volver a estar juntos, como invitados del querido pastor Ángel Manuel Hernández Gutiérrez. Os damos las gracias a vosotros y a vuestra valiosa comunidad que nos acoge, la Iglesia Misionera Cristiana Moderna. Era mi deseo personal que nos reuniéramos aquí para la consulta de este año, porque desde el primer encuentro con el pastor Ángel y su comunidad hemos sentido una gran afinidad entre su espiritualidad y la que hemos cultivado a lo largo de estos años. Por eso me alegra que podamos reunirnos aquí para esta decimonovena reunión de la AFI.

Bienvenida e introducción

Aprovecho con mucho gusto esta oportunidad, en mi calidad de coordinador permanente de la AFI, para dar una cálida, fraternal y afectuosa bienvenida a todas las hermanas y hermanos que han dedicado estos días, en algunos casos con espíritu de sacrificio, a renovar nuestras relaciones, profundizar en nuestra comunión y reflexionar juntos sobre una cuestión que consideramos de importancia estratégica, sin duda para nuestro camino futuro, pero también y sobre todo para el progreso de toda la Iglesia en el siglo XXI. Tras las reflexiones del año pasado sobre «Los retos a los que se enfrenta la Iglesia en el mundo moderno», este año nuestro tema es «El Reino de los Cielos en la tierra», con especial atención la responsabilidad de la Iglesia en la transformación moral y en lo que, en mi opinión, está relacionado con ella de muchas maneras: la transformación social.

Todo el ámbito relacionado con estos retos reviste un interés especial para los ministerios apostólicos, pero también concierne a quienes ocupan puestos de liderazgo o coordinación, que son fuente de inspiración o influencia en la vida de la familia espiritual a la que pertenecen. No siempre es una posición fácil; entre otras cosas, porque podríamos —quizás de forma inconsciente— estar condicionados por influencias psicológicas, estados de ánimo, mentalidades y tradiciones teológicas y culturales heredadas, aceptadas de manera simplista y acrítica, que limitan nuestra comprensión del plan de Dios y nos impiden tener una visión clara de la realidad.

Puede resultar crucial para nuestra vida y nuestro ministerio escuchar, abrir los ojos y tomar conciencia de esta realidad, porque podría darse el caso de que nuestras certezas, nuestros paradigmas, nuestra comprensión y nuestras iglesias se pongan en tela de juicio y empiecen a mostrar sus límites al enfrentarse a la realidad del mundo que nos rodea; Un mundo cada vez más cambiante, caracterizado por potentes procesos de apertura («globalización») y, al mismo tiempo, por un repliegue defensivo paralelo por parte de muchos grupos sociales, ya sean étnicos, culturales, políticos o espirituales.

Pienso —en el ámbito cristiano— en el «espíritu» de las confesiones religiosas construidas sobre bases fuertemente defensivas y «tribales», o en el «soberanismo» que genera nuevas y preocupantes formas de nacionalismo. Pienso en las teologías derrotistas y escapistas que dan lugar a narrativas aterradoras y pesimistas, que conducen a interpretaciones negativas del presente y a visiones del futuro carentes de profundidad y esperanza. Estas generan resignación y rechazo de la responsabilidad por el «bien común» en el presente, así como una falta de perspectiva y de visión para el futuro del Reino de Dios en la Iglesia y en la historia.

Al prepararme para este encuentro, he leído las aportaciones de los demás ponentes y me ha edificado la perspectiva positiva de la fe que ha acompañado su reflexión, y me ha animado su práctica común de la virtud fundamental de la esperanza con vistas al plan de Dios para la historia y para la Iglesia. ¡Dios reina! ¡Aleluya!

El papel de la Iglesia como elemento de conexión

Ahora bien, como alguien ha señalado: «Una de las cuestiones más difíciles en el estudio del Reino de Dios es su relación con la Iglesia». Y estamos aquí para analizar la función de la Iglesia como instrumento de Dios para promover la justicia social y la moralidad, así como su papel como elemento de conexión e interfaz. Esto plantea de inmediato la cuestión de nuestra comprensión de la Iglesia (su naturaleza y su alcance,

su esencia y su «visibilidad» histórica) y de sus niveles históricamente «variables» y «cambiante» de fidelidad a su misión de ser sal y luz del mundo («¿la Iglesia de los santos» o «una santa ramera»?). Este es un debate que ha seguido fascinando a los cristianos a lo largo de los siglos, y que sigue siendo crucial en nuestra generación. Es de importancia decisiva para el «progreso hacia la plenitud» del futuro designio de Dios para el mundo y para la contribución que la Iglesia está llamada a aportar al éxito de esta estrategia.

El Reino de Dios, la Iglesia y la sociedad

Al inicio de nuestras deliberaciones, resultará útil recordar la aportación de las reflexiones desarrolladas durante la primera década de nuestro recorrido (2000-2010). Por este motivo, os invito a leer los documentos disponibles en nuestra página web (www.afint.org) relativos a las Consultas celebradas en Chile en 2008, en Nigeria en 2009 y en Italia en 2010.

En Chile comenzamos a abordar el tema del «Reino de Dios, Iglesia y Sociedad», y continuamos con el mismo tema durante los dos años siguientes en Nigeria y en Italia. Nos pareció evidente, tal y como se desprendió de las principales aportaciones en Santiago, que existe una conexión y una continuidad, una relación estrecha y profunda, que desde una perspectiva cristiana puede y debe establecerse entre estas tres realidades: el Reino de Dios, la Iglesia y la sociedad.

Cito textualmente:

«El tema del Reino es fundamental para la Iglesia y se entrelaza con su camino hacia la plenitud; porque el camino hacia la plenitud coincide con el proceso de crecimiento y expansión del Reino; y porque la plenitud es, en realidad, la plenitud de la vida del Reino, el Reino de Dios plenamente realizado. Esto es cierto a nivel personal (la persona como morada de Dios por medio del Espíritu), a nivel interpersonal (la comunidad como morada de Dios por medio del Espíritu) y a nivel ecológico y universal (¡la tierra y el universo rebosantes de Su gloria!). ¡En ese momento, Dios habrá sanado, habitado y llenado de sí mismo todas las relaciones y toda la creación! ¡Una nueva criatura! ¡Una nueva comunidad! ¡Una nueva creación!

Y además:

«En el transcurso de estas reflexiones... ¡nos hemos topado con el tema de la “Transformación”! El tema de la Plenitud y el del Reino plantean, en el designio de Dios, la cuestión de la Transformación: la transformación del cristiano individual y de la

comunidad cristiana y —en la medida en que estos se transforman, aunque solo sea parcialmente (¡pero de verdad!)— también de la sociedad y de la tierra en la que vivimos.

«Todo esto tuvo su origen en el deseo insaciable, invencible e irreversible que Dios ha tenido desde siempre de habitar y poseer el corazón del hombre. ¡Es lo que me gusta llamar —más aún que el Evangelio del Reino— el Evangelio del Deseo! Debemos partir del Evangelio del Deseo para comprender el Evangelio del Reino. Debemos partir del corazón de Dios para comprender el corazón del Reino. ¡El Evangelio del Reino no es otra cosa que el Evangelio del Deseo que Dios siempre ha tenido y sigue teniendo: el de entrar y poseer el corazón del hombre!

«¡El puente, el vínculo entre el Evangelio del Deseo y el Evangelio del Reino, es el Evangelio de la Encarnación! El propósito de Dios era habitar y experimentar al hombre —el nuevo tabernáculo (!)— desde dentro: un tabernáculo que ya no está hecho de paredes de tela, madera o piedra, sino de paredes de carne. Fue inaugurado por Dios en Cristo («No quisiste ni sacrificio ni ofrenda, sino un cuerpo que me has preparado»), y continúa en los cristianos a través de la irrupción y la morada del Espíritu Santo («Vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo que está en vosotros»).

«Pero todo esto estaría incompleto si no comprendiéramos que el objetivo último del Evangelio del Deseo, del Reino y de la Encarnación es el Evangelio de la Transformación. El deseo de Dios siempre ha sido la recuperación plena del hombre para transformarlo, desde dentro, en su vida personal y en sus relaciones, a su imagen y semejanza».

La tierra y la creación

Ese mismo plan de redención y transformación incluye, naturalmente, también la tierra y toda la creación. Por lo tanto, el desenlace final de la historia no será —como algunos creen o parecen creer— la destrucción, sino, al igual que con la resurrección de Cristo, «nuevos cielos y una nueva tierra»: ¡renovación y transformación! Como está escrito: «Entonces el que estaba sentado en el trono dijo: “He aquí, yo hago nuevas todas las cosas”». Y en otro pasaje: «La creación gime y sufre dolores de parto... la creación espera con impaciencia la revelación de los hijos de Dios».

La manifestación de los hijos de Dios

¡La manifestación de los hijos de Dios! ¡En la «persona» del creyente; en la «persona» de la Iglesia! El cristiano habitado por Dios y la Iglesia habitada por Dios son Su

inversión estratégica en el futuro de la humanidad y de la creación, ya que, en la concepción cristiana de la historia, la dimensión «prepolítica» de la relación con Dios y con nuestros hermanos precede y constituye el fundamento de la dimensión «política» del compromiso de los cristianos y de la Iglesia en la sociedad y en el mundo. La dimensión política debe estar arraigada y comprometida (inmersa, motivada y puesta en práctica) en el taller de la relación «prepolítica» con Dios y con los demás. La transformación del cristiano y de la Iglesia precede y constituye el fundamento espiritual de su deseable y posible contribución a la transformación de la ágora y la polis; la dimensión altamente compleja y exigente de la ciudad, el trabajo, el gobierno y el Estado. En resumen: ¡del «foro interno» al «externo»!

Responsabilidad cristiana

A partir de esta premisa podemos comprender la necesidad de una renovada conciencia de la «responsabilidad cristiana» en la sociedad y en la política: una necesidad basada en la lógica divina de la Encarnación como fundamento espiritual y teológico del compromiso concreto. «¡Me importa!» La «inmersión», por así decirlo, precede a la «comunidad». La vida de Dios «interiormente» precede a la eficacia de la vida cristiana «exteriormente». La inmersión en Cristo del cristiano y de la Iglesia viene antes que la eficacia de la relación del cristiano con la sociedad (el cuerpo social) y con el Estado. El compromiso en el ámbito social y político se convierte, para el cristiano, en «una forma exigente de vivir el compromiso cristiano de servir a los demás»; la política se convierte en la organización colectiva (o social) del amor cristiano (ágape), una forma de extender y dar concreción cotidiana a la inspiración cristiana del amor por los hermanos, por el prójimo y por el mundo; la responsabilidad a la que todo cristiano está llamado de buscar el «bien común» de la ciudad. Como está escrito: «Buscad la paz de la ciudad a la que os he deportado y orad al Señor por ella; porque en su paz encontraréis la paz». Y en los Evangelios: «¡Ama a tu prójimo como a ti mismo!».

Cristo, por tanto, la vida de Cristo en el cristiano, hace posible y eficaz la vida del cristiano en la Iglesia. Cristo, la vida de Cristo en la Iglesia, hace posible y eficaz la vida de la Iglesia en la sociedad y en el mundo. Cristo, la transformación que Cristo opera en el cristiano, hace posible y eficaz la transformación de las relaciones en la Iglesia. La transformación que se produce a través de las relaciones en la Iglesia (¡y entre las Iglesias!) hace posible y eficaz la acción transformadora de la Iglesia en la sociedad y en el mundo.

Retrasos

La brecha entre nuestra experiencia personal y comunitaria y el impacto moral y social del Evangelio del Reino se explica por nuestra lentitud a la hora de hacer espacio —y de seguir haciéndolo— al gobierno de Dios en nuestras vidas y en nuestras relaciones. ¡Caminar «en la carne» es, por desgracia, más habitual que caminar en el Espíritu! El conflicto y la división suelen prevalecer sobre la búsqueda de la unidad y la reconciliación. El secreto sigue siendo el mismo: la vida en Cristo: «Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, da mucho fruto, porque sin mí no podéis hacer nada»; y la unidad cristiana: «Que todos sean uno, como tú, Padre, estás en mí y yo en ti; que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado. Y la gloria que tú me has dado, yo se la he dado a ellos, para que sean uno como nosotros somos uno: yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectos en la unidad y para que el mundo sepa que tú me has enviado y que los has amado como me has amado a mí».

El instrumento de la Iglesia

Sobre estas bases, partiendo de una Iglesia que se mantiene vigilante en su relación con el Espíritu Santo (vida interior) y cultiva desde dentro la integridad de su testimonio (vida santa), la Iglesia podrá desarrollar de forma cada vez más creíble y eficaz su función de principal «agente del Reino», tanto en su relación con la humanidad en general como en las diversas manifestaciones de la sociedad en particular. El «aroma» de la vida de los discípulos y la «atmósfera» de la vida de comunión se convertirán, como la levadura en la masa o una semilla de trigo que cae en la tierra y muere, en un factor poderoso para hacer fértil la vida de la «ciudad». Como alguien ha dicho: «Son las cosas esenciales las que dan sentido a la vida». El «ejemplo evangelizador» de la Iglesia difundirá su influencia principalmente, como en Jerusalén, por atracción e imitación. De hecho, habrá adquirido una capacidad duradera de koinonia y de servicio, que son los dos principales ríos de gracia que en esta etapa nosotros —como Iglesia que sale— podemos derramar en la sociedad y en el mundo. Una «Iglesia de comunión» y una «Iglesia de servicio».

Una Iglesia de comunión

Una Iglesia de comunión porque da testimonio de la autenticidad de nuestro estar injertados y arraigados en el «Dios de las relaciones»; un reflejo del poder transformador de la «gloria», de la «mentalidad» y del «Espíritu de Cristo», gracias a la eficacia de su presencia en nosotros y entre nosotros. Una Iglesia que manifiesta la «continuidad» de la vida de Dios en nuestras vidas y que busca «contagiar» e involucrar a nuestros vecinos en nuestra vida de comunión...

Una iglesia al servicio de los demás

¡Una Iglesia de servicio! Porque es testimonio de la posibilidad de entregar nuestro orgullo a Dios, de una victoria contracultural sobre el egoísmo y el individualismo que caracterizan nuestra época, los dos enemigos mortales de la vida social y de la promoción del «bien común». Como alguien la ha definido, «la Iglesia del delantal», en referencia al delantal que Jesús utilizó durante la Última Cena mientras lavaba los pies a sus discípulos. «Debemos oponernos a la idea de una Iglesia triunfante, que actúa como virrey de Dios en la tierra... y esforzarnos por seguir el ejemplo de Jesús, quien afirmó haber venido a servir». Debemos resistir toda tentación de volver a una Iglesia constantiniana. Como escribió Bonhoeffer desde una prisión nazi: «La Iglesia solo es tal cuando existe para los demás... La Iglesia debe participar en los problemas seculares de la vida humana ordinaria, no dominando, sino ayudando y sirviendo. Debe decir a los hombres de toda vocación lo que significa vivir en Cristo, existir para los demás».

La vocación específica de AFI

Para concluir esta reflexión, me gustaría plantearme a mí mismo y a vosotros una pregunta: en respuesta al tema «Venga tu reino», ¿cuál es, si es que existe, la característica distintiva del ministerio apostólico? Más concretamente, ¿cuál es la vocación y el mandato de AFI? ¿Cuál es el de AFI, con su conciencia del «Evangelio del Reino» en la Iglesia y en relación con ella, como expresión real, aunque parcial, de la acción y la vida del Espíritu en la Iglesia? ¿Sobre todo en términos de comunión y servicio? ¿En la comunión entre nosotros y en el servicio al mundo y a la Iglesia?

Y, para dar pie a la reflexión, vuelvo a recordar las palabras de mi querido hermano Himitian con motivo de nuestro primer encuentro en el año 2000 en Positano:

«Necesitamos crear un lugar internacional de reflexión, de oración y de revelación, para escuchar a Dios y escucharnos unos a otros. Necesitamos comunicarnos y saber qué está haciendo Dios en las distintas partes del mundo, así como qué está diciendo. Necesitamos renovar nuestra alianza con Dios. Es una alianza de fidelidad y lealtad a la revelación del misterio de Cristo; una alianza de integridad, abnegación y consagración, pero también de amor, respeto, humildad, compañía y amistad mutua».

¡Gracias!

Giovanni Traettino